

ciliar la superchería con los escrúpulos de la conciencia y le indicaba los desconocidos resortes que movían á tantos hombres bajo su mano. Pacientes ambos á dos en el trabajo y satisfechos de sus coloquios, el padre y el hijo tenían también las mismas aficiones en cuanto á los pasatiempos de la galantería. Así, el emperador condujo al palacio de su hermana, la reina de Hungría, á su hijo Felipe, el cual *fué regalado*

con un banquete servido por veinticuatro damas en traje de ninfas y diosas pastoriles (1). Probablemente en estos festejos conocería Felipe á Catalina Lainez. Más tarde casó á esta dama, despues de haber encerrado en un convento de Toledo á la hija que habia tenido de estas relaciones poco gratas á Isabel Osorio (2).

Ménos complacido estuvo ya Felipe en Alemania, encerrándose en una altiva reserva,



Francisco I de Francia.—Medallon de bronce dorado acuñado en el siglo XVI (Coleccion del conde de Reiset)

cuando su padre lo presentó á los electores como futuro candidato á la corona imperial. Los groseros juegos de los señores alemanes no podían ser del gusto de un príncipe que no sabía romper una lanza ni recibir el choque de un adversario sin vacilar en su silla. En el torneo de Augsburgo «el príncipe de España se portó peor que todos, sin poder nunca romper una lanza» (3). Sobre esto, Felipe no bebía cerveza, no se embriagaba jamás, ni comprendía el encanto de diversiones como la siguiente: «Habiendo allí gran número de príncipes y grandes señores de Alemania, hubieron de reu-

nirse en la posada principal, y despues de apagar uno de ellos las luces, batiéronse á golpe de ciego con los escabeles. Cuando terminó este combate, resultó que un príncipe tenía un brazo roto, una pierna otro, y los que mejor libraron salieron con horribles contusiones» (4). El príncipe de España era de una raza delicada y noble, y no juzgará completamente á los alemanes en toda su inferioridad moral hasta verlos manos á la obra en el pillaje de San Quintin, algunos años despues. Pero desde aquella época, no disimulaba la impresion que le causaba el contraste entre aquellos hombres rudos y los españoles en medio de los cuales se habia educado. Sólo se le oía elogiar á España y á los españoles (5): no era estrechez de orgullo nacional, sino sim-

(1) Juan de Vandenesse, *Viajes*, fragmento publicado por Lesbroussart sobre el manuscrito de Besanzon.

(2) Leti, lib. IX, pág. 186, y lib. X, pág. 225. Rel. venec. Giov. Soranzo. «Ha avuto con una giovane de Brussele una figliuola, la quale fa nutrire in quei paesi molto secretamente.» El marido de la Lainez se llamaba Antonio de Casores.

(3) Ms. Bibl. nac. Briena. vol. 89, f.º 196.

(4) Du Maurier, *Memorias*.

(5) Sepúlveda, tom. II, pág. 401 «Nec aliud quam Hispaniam loquebatur.» Rel. venec. Michele Soriano: «A Tedeschi odioso.»

ple sentimiento de la superioridad de raza; porque muy luégo va á verse en presencia de los ingleses y sabrá apreciar sus cualidades, procurar su estimacion, y comprender el mérito de este pueblo, tan diferente de los pueblos meridionales. Con esto hízose luégo al punto odioso á los alemanes, que se sintieron menospreciados. Obligado Carlos V á renunciar á su proyecto de asegurarle la sucesion á la corona imperial, la mantuvo á lo ménos en su familia en provecho de su hermano Fernando. Poco despues del regreso de Felipe á España (1) no tardó mucho en verse sometido á una nueva humillacion. Hostigado por los príncipes alemanes, tuvo que poner en libertad á los que habia encarcelado y autorizar el ejercicio del culto luterano. Para recobrar su autoridad imaginó azuzar á los alemanes contra Francia. El estímulo del saqueo en un país laborioso y rico, los sedujo y cayeron sobre Metz. Despues de haber visto desbaratarse el gigantesco ejército que habia de invadir nuestro país, Carlos V, vencido, busca aliados, dinero, ejércitos. Un embajador lo pinta en aquella época (2) pre-

sentando «un semblante resuelto á no descubrir las emociones del corazon: nada habla en él sino la lengua. Lo he visto sentado á una mesa sin tapete, en la cual sólo habia un reloj, sus anteojos y su mondadientes; tenia el labio inferior hinchado y cubierto con una hoja de hiedra unguida de unguento; y su pronunciacion era todavía más confusa que de ordinario. Verdaderamente pocos hombres han estado nunca tan bien armados como él contra las perfidias de la fortuna; pero el desastre ha sido harto completo: su rostro está muerto, su mano flaca y descolorida.»

El emperador acechaba la tercera dote de Portugal para rehacer su hacienda y solicitaba para Felipe otra princesa que debía aportar un millon de escudos de oro (3). Este proyecto fué abandonado de pronto á la noticia de la muerte de Eduardo VI, rey de Inglaterra. Tuvo que prepararse Felipe para el casamiento con María, la nueva reina de Inglaterra, que tenia doce años más que él, pero que habia de allegarle nuevos súbditos y ejércitos.

CAPÍTULO II

ALIANZA INGLESA—1554-1555

INFANCIA DE MARÍA TUDOR. —NEGOCIACIONES DE MATRIMONIO. —SUBLEVACION DE WYATT. —SEGUNDO MATRIMONIO DE FELIPE. —CONVERSION DE INGLATERRA. —RELACIONES DE FELIPE Y DE ISABEL

I.—Primeros años de María Tudor

La idea fija de Carlos V y de Felipe, despues de la afrenta sufrida delante de Metz, es el proyecto de un desquite contra Francia. Desde que Alemania se mostró impotente, el emperador funda su esperanza en una union con Inglaterra. La nueva reina María es prima suya, su protegida, una católica, y hácia ella concentra todos los esfuerzos de su diplomacia. Todas sus cartas de aquella época hacen mencion de las cosas de Inglaterra; sólo se habla de los proyectos de alianza inglesa, así en Bruselas como en Valladolid, y tal es la preocupacion de Carlos V, que

(1) El 12 de julio de 1551.

(2) Ms. State papers office. Tytler, vol. II. Véase también á Froude, *Hist. of England*, tom. V. cap. 28. «He hath a face unwont to discover any hid affection of his heart, as any face that ever I met with in all my life, there is in him almost nothing that speaks besides his tongue... At a bare table, without carpet or anything else upon it, saving his cloke, his brusch, his spectacles and his picktooth... There were few that could better digest fortune's foul play than he; yet good nature might be provoked too far... never so nigh gone, never so dead in the face, his hand never so lean and pale and wan.»

á pesar de sus dolencias y el cansancio de su vida, no vacila en escribir: Si estuviera en edad y disposicion, no querría escoger otro partido en este mundo que enlazarme yo mismo con ella (4).

Este casamiento entre Carlos V y María Tudor habia sido ya proyectado treinta años atrás, cuando la princesa no tenia más que ocho años; proyecto que fué muy luégo roto y reemplazado por el de union entre esta misma princesa y Francisco I, que estaba ya prometido á la hermana de Carlos V, pero que aparentaba estar libre para conservar la alianza de Inglaterra (5). También parecia pedir que se pusiera en sus manos á la niña, bien que sólo tuviera diez años.

(3) Hija del rey Manuel y de Leonor, hermana de Carlos V, que casó en segundas nupcias con Francisco I.

(4) El emperador á Renard, 20 de setiembre de 1553.

(5) María nació el 18 de febrero de 1516; fué prometida á Carlos V en 1522, y á Francisco I en 1526, declarada bastarda á Carlos V á su madre en 1536. Su madre Catalina de Aragon era hermana de la madre de Carlos V.

Pero Enrique VIII prefirió enviar un retrato y prometer la venida de su hija para la época en que hubiera de realizarse el casamiento (1). El nuevo pretendiente se consoló escribiendo á María. Una de las cartas de Francisco I existe todavía: conserva las señales de haber sido estrujada y arrojada al fuego por una mano irritada al parecer; en lo que de ella queda se leen estas palabras: «Continuar, perseverar, permanecer... deseando honor, bien y prosperidad de su persona como de la nuestra propia...» Algunos meses despues, se casaba Francisco I con Leonor, hermana de Carlos V.

Muy luégo vió María seguir á las decepciones que humillaron su infancia, pesares más positivos; vió repudiada á su madre, expulsada por una de sus damas; ella misma fué declarada ilegítima, sometida á la autoridad de aquella mujer y secuestrada sin más defensa ni consejo que estas palabras de su madre: «Hija mía, habla poco con esa mujer, obedece al rey tu padre en todo lo que no pueda ofender á Dios ni perder tu alma; no disputes nunca, no te mezcles en nada (2).» No pudo ni consolar á su madre en su abandono, ni asistirle en su enfermedad, ni verla siquiera á la hora de su muerte; fué objeto de sospechas injuriosas, sometida á registros en sus cofres y reducida á la pobreza. Dominada por la soledad, creyó poder ablandar á su padre, se humilló á su tercera mujer, Juana Seymour, y firmó el acta de su apostasía y de su degradación. «Reconozco al rey como jefe de la Iglesia, reniego de la supuesta autoridad del obispo de Roma y de la jurisdicción que ha usurpado en este reino. Declaro libre y francamente y en cumplimiento de mi deber para con Dios que el matrimonio entre el rey y mi madre era incestuoso y nulo por las leyes divinas y humanas (3).» Y todavía tuvo que escribir algunos días despues al canciller: «Sobre las peregrinaciones, el purgatorio, las reliquias y otras cosas de este género no tengo otra creencia, os lo aseguro, que la que debo recibir de quien es el único señor de mi alma, mi clementísimo padre (4).» Despues de tales sumisiones, no obtuvo más que una pension de cuarenta libras por trimestre, cuya insuficiencia la obligó á escribir á Tomás Cromwell, el antiguo

(1) Ms. Rec. of. n.º 2,773, de 3 de enero de 1527.

(2) Carta publicada por Miss Inés Strickland, *Lives of the queens of England*, London, Colburn, 1844, tom. V.

(3) Ibid. «That the marriage heretofore had between His Majesty and my mother was by God's law and man's law incestuous and unlawful.»

(4) Ibid. «Such as I shall receive from him who hath mine whole heart in his keeping, my most benign father.»

perseguidor de su madre: «Tengo vergüenza de ser una mendiga, pero la situación es tal, que me veo obligada á pedir un socorro (5).»

Así envejeció en el olvido. Cuando llegó á los treinta años, logró volver á la gracia perdida, no ya condenando á su madre, sino comprometiéndose abiertamente en la Reforma con una traducción impresa del comentario de Erasmo sobre San Juan. Su libro era distribuido en todas las parroquias, y el obispo Gardiner que lo refutó, fué reducido á prision. En el reinado de su hermano Eduardo VI, María renegó de su libro y volvió al gremio de la Iglesia católica, llevaba su rosario, oía misa en secreto y reclamó la protección del embajador de España. A la muerte de su hermano, Eduardo VI, tenía treinta y siete años. El mismo día de esta muerte (6), el duque de Northumberland, que de muchos meses atrás tenía la autoridad en sus manos y se había prevalido de ella para casar á su hijo con una de las herederas de la corona, Juana Grey (7), convocó el Consejo é hizo proclamar por reina á su nuera. Pero no se atreve á fiarse de nadie por no haber dado á nadie ocasión de amarlo (8).

No obstante la impopularidad del nuevo gobierno, teme el emperador que su protegida María no se deje seducir por los que la aconsejan que se apresure á declararse reina. Pero le contestan los embajadores: La dicha doña María, á pesar de las consideraciones que le hemos hecho, se ha proclamado reina (9). Los cálculos de los hombres de Estado más sensatos suelen ser menos juiciosos que las inspiraciones de una mujer. María se puso valerosamente á la cabeza de los campesinos del Norfolk y marchó sobre Lóndres. «¿Queréis nuestros capitanes? preguntaban los marineros de la flota á su agente. O están en vuestro favor ó irán de cabeza al mar (10).» María hizo su entrada en Lóndres con su hermana Isabel; llevaba igualmente á su lado á Cecil, que estaba destinado á mostrarse por espacio de cuarenta años el infatigable adversario de Felipe, y á Simon Renard, el sutil consejero que Carlos V envió para preparar el matrimonio de Felipe.

(5) Carta citada «I am ashamed to be a beggar, but the occasion is such a cannot chose.»

(6) El 7 de julio de 1553.

(7) Hija de la hermana de Enrique VIII, que se había casado con nuestro rey Luis XII, y en segundas nupcias con el duque de Suffolk.

(8) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 38, los embajadores del emperador á Carlos V.

(9) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, págs. 22 y 25.

(10) Froude, tom. VI, pág. 25: «They shall go with you or they shall go to the bottom.»

II.—Negociaciones de matrimonio

Simon Renard, natural del Franco-Condado, inteligente y malicioso, aprendió en la chancillería imperial á no doblegarse nunca á los tiernos impulsos del corazón ni á los escrúpulos de conciencia. Su misión de hacer reinar á Felipe sobre los ingleses no podía tener buen éxito en su opinión, sino suprimiendo los competidores, por una parte, y por otra simulando miramientos con la herejía. En virtud de sus informes, escribió Carlos V que la reina María debía consultar bien la opinión antes de pronunciarse abiertamente por el catolicismo (1), porque los principales, añade, que han mantenido su causa se podrían declarar en contra de ella; hará bien en comunicar lo que quiera hacer con los que le merezcan mayor confianza y conozcan mejor lo que puede dar la presente estación. Inclinado á contemporizar hasta el momento oportuno en las cuestiones de fe, Simon Renard es diligente y ardoroso, cuando se trata de la seguridad material. Insiste en obtener la muerte de Juana Grey, y propone con su pedantería de letrado el ejemplo de Máximo y Víctor, su hijo, á quienes sacrificó el emperador Teodosio por haberse arrogado este título.

Supo María resistirse esta vez á tales sugerencias; pero no pudo impedir la condenación de su adversario real el duque de Northumberland. Cuando supo su sentencia, el cruel duque olvidó á su nuera, Juana Grey, á quien había arrastrado á su pesar al desastre; olvidó á cuantos había condenado él mismo, los cuales murieron á lo menos con valor, y exclamó con voz atragantada: «Que me deje vivir la reina, sí, que me deje vivir como un pobre perro para besar sus pies, para consagrarme al honor de servirla (2).» Despues se declaró católico é insistió en oír una misa y obtener un confesor. Al saber esta apostasía, dijo con desden la dulce Juana Grey: «Jóven y todo no haría yo traición á mi fe por amor á la vida. ¡Dios me libre de ello!» Las mujeres no se dejan ablandar con tales bajezas, y María, tan indignada como su rival, firmó la sentencia de muerte del desdichado duque, el cual fué ejecutado con seis de sus adeptos.

Apénas parece asegurada la confianza por esta parte, cuando Simon Renard propone el enlace de Felipe de España con María (3). «No insis-

tais demasiado, escribe á Renard un paisano suyo, Perrenot de Granvelle (4), para desviarla de cualquier otro casamiento, porque si tuviera ese antojo, no dejaría de pasar adelante, si tiene la índole de las demás mujeres; y se resentiría para siempre de lo que pudierais haberle dicho.» —«Cuando le propuse el casamiento, contesta Renard (5), echóse á reír, no una, sino muchas veces, mirándome de modo que parecía decirme que no le era sino muy grata la propuesta.»

Una duda retenía al emperador. Su hijo, que tenía veintiseis años, ¿sería dócil á sus consejos de político viejo y renunciaría á su prometida portuguesa, á su España, para ir á casarse con una solterona de treinta y seis años, á vivir en un país famoso por sus epidemias y amén de todo herético? En esta duda escribió á Renard que no pasara más adelante hasta que se tuvieran noticias de España y se supiera la intención del príncipe, porque pudiéramos ir tan léjos, añade, que á él mismo pudiera parecerle mal. Felipe tenía un respeto religioso para con su padre, cuya incontestable superioridad reconocía, mirándolo como representante de Dios antes que él: comprendió que el casamiento con María traería necesariamente en un breve plazo soldados ingleses á los ejércitos imperiales, á pesar de las estipulaciones y compromisos que pudieran firmarse; finalmente, si tenía la prudencia de no precipitar la reconciliación de Inglaterra con la Santa Sede, la extirpación de la herejía no era menos inevitable en el caso de una unión íntima de Inglaterra y de España. Con esto, no vaciló ya un solo día y su contestación fué inmediata (6): No tengo más voluntad que la vuestra, escribió; así, pues, me someto enteramente á vos, y aquello que queráis, eso se hará. María, por su parte, no se decidió tan pronto. En vano le pintó Renard al príncipe como un viudo maduro y grave, padre de un hijo de ocho años. «Sin esperar al fin, juré que no había sentido jamás el aguijón de lo que se llama amor, ni caído en tentación carnal (7); que si el príncipe quería ser voluptuoso, no era esto lo que ella quería, por no ser ya de tal edad (8). Preguntó «si era moderado y juicioso (9).»

(4) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 77.

(5) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 78.

(6) El 13 de setiembre de 1553. *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 103.

(7) Ibid. pág. 98.

(8) Ms. Rollhouse, citado por Froude, tom. VI, pág. 105, y ms. Rec. of. Foreign Mary, tom. 1.º pág. 485, del 12 de octubre de 1553.

(9) Ms. Rec. of. Ibid. tom. 1.º pág. 505, del 15 de octubre de 1553.

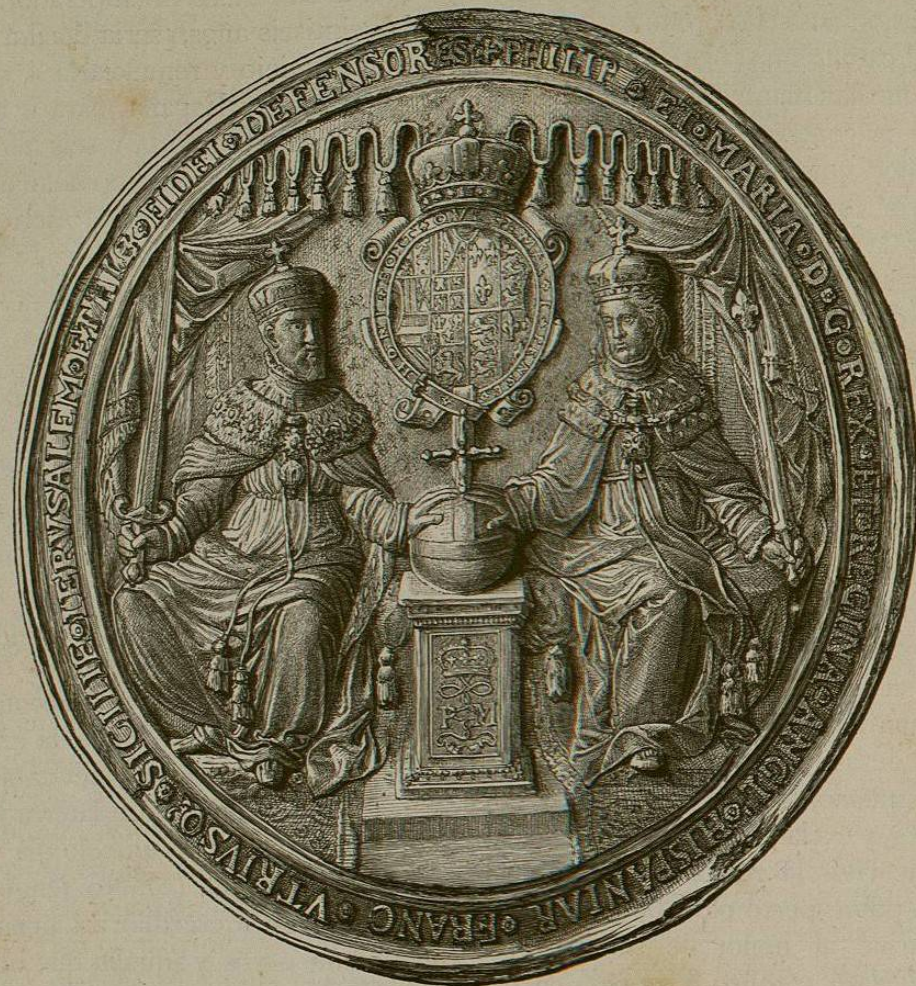
(1) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 60, del 29 de julio de 1553.

(2) «Oh that it would please Her Good Grace to give me life, yes, the life of a dog, if I might but live and kiss her feet, and spend both life and all in her honourable service.»

(3) El 7 de agosto de 1553.

Fuera de esto, no se formaba ilusiones sobre las gracias que habia conservado. Habia sido bella (1); pero tantas desgracias y emociones no habian pasado en vano sobre su delicado cuerpo. Pequeña, endeble, arrugada, granulenta, de pelo rojo y ojos grises, de nariz larga y voz ruda, padecia de una dolencia del corazon que le daba sofocaciones, alteraba el movimiento de la sangre y causaba crisis de muchos dias. Y todavía la debilitaban más y más sus médicos,

sometiéndola á frecuentes purgas y sangrías, sin permitirle que tomara un bocado hasta muy bien pasada la hora del medio dia, siquiera se levantara habitualmente muy temprano. Hablaba cinco lenguas y tocaba el laud tan bien como su hermana Isabel. Estaba asimismo dotada, si de belleza no, á lo ménos de una dulzura natural que no excluye ni la dureza ni la violencia, cuando se remueven y agitan las pasiones. Su pasión era someter otra vez su reino á la



Sello de Felipe II y María de Inglaterra
(Anverso)

obediencia de la Santa Sede. Simon Renard dirigia todos sus esfuerzos á separar de Inglaterra al cardenal Pole que solicitaba autorizacion para predicar la conversion. «¡Qué mal pecado, qué irreparable daño, escribia Pole al emperador, retardar la salvacion de tantas almas! Todos los ingleses que mueren durante estas dilaciones están en inminente riesgo de condenarse (2).» — No conviene por ahora ir más apriesa, con-

(1) *Rel. venec.* Giov. Michieli: «Più che mediocremente bella.»

(2) *Ms. State paper*, Pole to Charles-Quint: «Quanto grave peccato e irreparabile danno sia il differir cosa che pertenga alle salute di tante anime, le quale mentre quel regno sta disunito della Chiesa, si trovano in manifesto pericolo della loro dannatione.»

testaba el emperador, que se cuidaba poco de que se salvaran los ingleses, con tal de que no llegaran á ser sus enemigos (3).

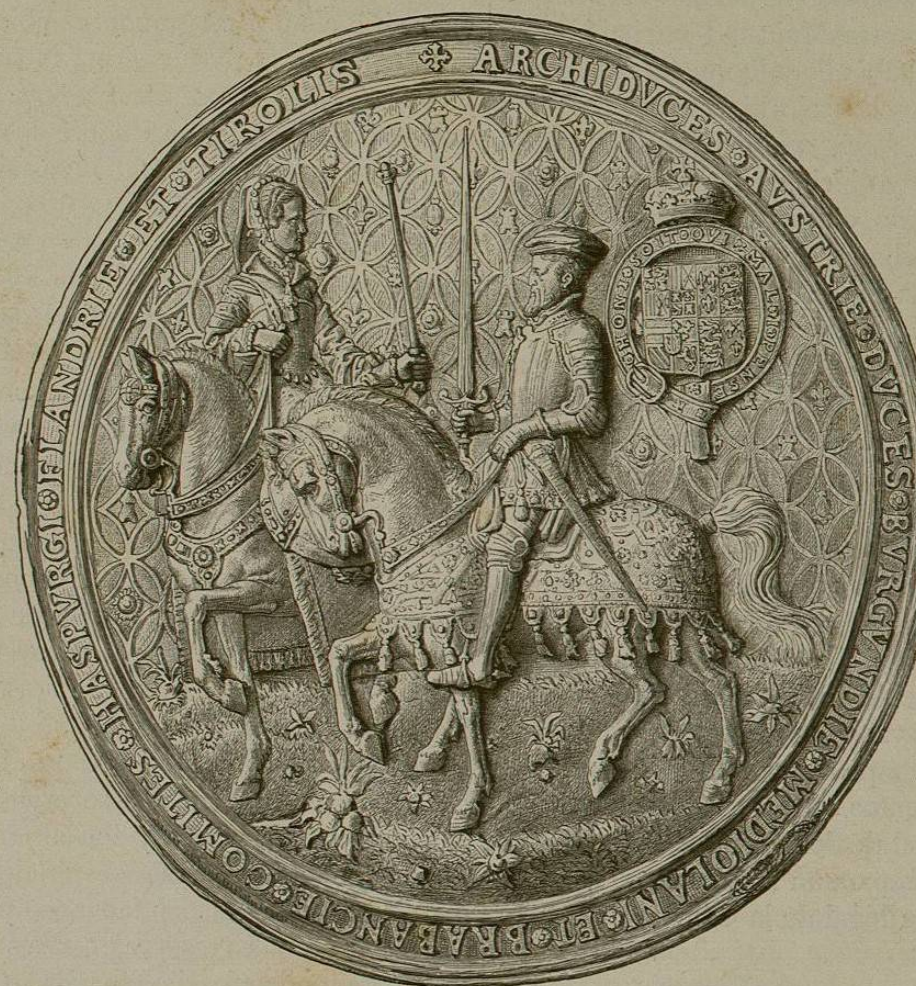
Y en efecto, la repugnancia á volver al gremio de la Iglesia católica era lo que mantenía en la nacion inglesa una oposicion unánime á los proyectos de Carlos V: las combinaciones políticas del gran emperador estaban en peligro de fracasar por un exceso de celo de algunas almas piadosas, como si fuera tan importante restablecer la supremacía del papa para vengar

(3) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 145, del 13 de noviembre de 1553.

afrentas hechas por Francia delante de Metz. Estábamos á la sazón representados nosotros en Inglaterra por dos hermanos, el conde y el protonotario de Noailles, dignos de luchar contra Simon Renard. Supieron muy hábilmente explotar aquel horror del pueblo á la dominacion de Roma, hablaron de los bienes de la Iglesia distribuidos en los reinados precedentes y que debian ser restituidos, y de una guerra costosa contra Francia, en la cual entra-

ria necesariamente el nuevo príncipe. Hasta expusieron este argumento á la misma reina. «La reina contestó, escribe Noailles (1), que tendria en mucho más su conciencia y su deber que su marido; y en cuanto al predominio que en mi concepto podria ejercer sobre ella, yo tendria ocasion de ver que luégo de casados, no seria tan grande como lo suponía.»

Los ingleses de entónces tenian en las preocupaciones del orgullo nacional una estrechez de



Sello de Felipe II y María de Inglaterra
(Reverso)

miras mucho más exclusiva que en nuestro siglo y odiaban á los franceses tanto como á los españoles. No toleraban más que á los flamencos, compradores de sus lanas; las relaciones mercantiles habian estrechado la union del pueblo inglés con Flandes hasta el punto de que por poco no se rebelara, cuando Enrique VIII se alió con Francia á riesgo de romperla. «Los negociantes habian resuelto no concurrir ya al mercado á fin de que no pudiendo vender los campesinos sus lanas y paños, amo-

tinaran el país. El rey les mandó á decir sin dilacion á algunos de los principales que no pasaran adelante, que los conocia y que sabia muy bien dónde estaba la Torre. Vinieron entónces á implorar clemencia y prometieron que en el mercado próximo no quedaria cosa de mercancía por valor de un escudo (2).» Simon Renard hizo valer el interés de multiplicar estas relaciones mercantiles por medio de una íntima union bajo la proteccion de los mismos soberanos. Sino que mientras se agitaba él por desbaratar los manejos de Noailles, supo que la

(1) *Noailles, Embajadas, Coleccion de Vertot*, fin de diciembre de 1553.

(2) *Ms. Bibl. nac. franc.* 3,075, f.º 63, Bellay á Montmorency.